

IV CENTENARIO DE UN HACENDADO DE CASTRILLO

Antonio de Cabezón, ciego y músico a partes iguales, sigue con nosotros

Estamos en unas casonas de hacendados en Castrillo de Matajudíos, un pueblecito de la provincia de Burgos. Matajudíos suena un poco fuerte, pero el pueblo es tajante en sus expresiones. El Cid todavía está en el aire de Burgos. Con el tiempo, los criterios evolucionan y se hacen más flexibles. Ahora vivimos el nacimiento de un imperio y a él nos debemos, a él hay que estar.

La acción tiene lugar durante el siglo XVI. La primera jornada pudiera ser en el año de gracia de 1510. El mes y el día se han quedado olvidados en las calles de Castrillo. Pudieran llevar ropa de abrigo, porque los inviernos son crudos y en verano las noches son frescas. La mano, en sueños, se alarga al cobertor que quedó a los pies de la cama.

La última jornada es ya en 1566. El 26 de marzo, para ser exactos. El paisaje ha cambiado. Estamos en Madrid. Un Madrid que progresa en carrera loca. Su nueva categoría de Corte se le ha subido un poco a la cabeza. Son sus zapatos nuevos y pisa fuerte para que se le oiga. Luego, también se hará más flexible. La grandeza, al reposarse, prescinde de la pedantería juvenil. No la necesita.

Entre la primera y la última jornada van a transcurrir tan sólo cincuenta y seis años. Pero ¡qué llenos de huellas para la historia! Nace y vive un imperio, un Siglo de Oro, y, con la sencillez que más se proyecta

en el tiempo, nuestro protagonista. Se llama Antonio de Cabezón. Es ciego y músico a partes iguales equidistantes de cero. No verá nunca la cara de su rey y amigo. Y, con la misma intensidad en el lado positivo, será él rey en el mundo de los sonidos.

Corresponde a la acción un ambiente muy cuidado. Tres reinados se extienden a lo largo de las jornadas. Los inician las regencias del Rey Católico y del Cardenal Cisneros. Colón ha muerto tras su cuarto viaje. Granada dice Alhambra y cree que es castellano puro. Su origen es tema de gramáticos. Fernando de Rojas, ya ha publicado «La Celestina». Juan del Encina y Torres Naharro, han llenado sus mejores páginas. López de Rueda, ha visto la luz que se le ha negado a Antonio de Cabezón. Pero Antonio, niño ciego, llena su oscuridad de cantos que no han de bastarle. Sus dimensiones sin luz tiene espacios abiertos. El los cubre con los timbres. Lo vihuela le canta sola. El órgano le suena con voz propia. Es época de grandes nacimientos. Imperio, Siglo de Oro, música instrumental. En el oído de Antonio se acumulan las llanuras castellanas..., las montañas y los valles que sus ojos le niegan.

Carlos I es el puente de Antonio. De Castrillo pasa a las cortes movedizas. El cambio no le afecta. Como el caracol, lleva en sí mismo todo su equipaje. Ya es músico de cámara. Inicia sus descubrimientos. Los expresa en el órgano, en el arpa, en la vihuela.

Mientras, Francisco Salinas, también ciego y también músico, enseña en la Universidad de Salamanca. Fray Luis de León, aprende sus primeras letras. Ercilla, afila su pluma y su espada. Juan de Herrera, hace castillos de arena que pisan unos soldados que marchan a Italia. Juan, niño, va a llorar, pero algo desconocido le detiene, le consuela; tardará todavía algunos años en saber el por qué.

Hemos llegado al intermedio. El planteamiento es prometedor; preludia las hazañas del protagonista, rebaja en el cifrado en tablatura de órgano. Afirma sus experiencias instrumentales. Con los reyes de la unidad española, la vihuela hacía tímidas salidas en solitario. Repetía el villancico o el romance a modo de ejercicio, mientras el tenor aclaraba la garganta con una jarra de buen vino. La música era, ante y sobre todo, canto. Antonio de Cabezón, músico de corte ciego, castellano sencillo de tierras recias, oía más lejos.

En la primera jornada de la segunda parte, tenemos a Felipe. Aprende a ser rey, de la mano de su padre. Por todas partes surgen los eslabones del Siglo de Oro. Miguel de Cervantes, lloriquea en su cuna.

Felipe es un rey viajero que dedica atención especial a los artistas de su cámara. Ahí van a estar Juan Fernández Navarrete y Alonso Sánchez Coello, para el mundo de la luz, de los colores, de las sombras. Luego, años más tarde, tendrá a Juan Pantoja de la Cruz.

LIBRO DE CIFRA NUEVA
PARA TECLA, HARPA, Y VIHVELA, EN EL
qual se ensaña breuemente cantar canto llano, y canto de orga
no, y algunos auisos para contra punto.

*Compuesto por Luis Venegas de Henestrosa. Dirigido al
Ilustrissimo señor don Diego Tavera,
obispo de Leon.*



En Alcalá.
En casa de Ioan de Brocar.
1557.

«Libro de Cifra Nueva», de Luis Venegas, de Henestrosa, impreso en Alcalá de Henares, año 1557, en el que figuran varias composiciones de Antonio de Cabezón.

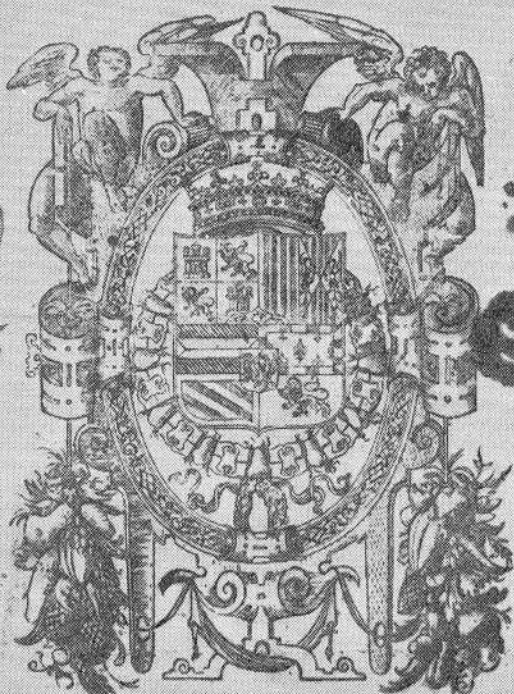
(De la revista «San Jorge», de Parcelona, núm. 61-1966).

OBRAS DE MUSICA PARA TECLA ARPA Y

vihuela, de Antonio de Cabeçon, Musico de
la camara y capilla del Rey Don Phi-
lippe nuestro Señor.

RECOPILADAS Y PUESTAS EN CIENRA POR HERNANDO
de Cabeçon su hijo, Antiuelmo Musico de camara y capilla de su Magestad.

DIRIGIDAS A LAS C. R. M. DEL REY DON
Philippe nuestro Señor.



CON PRIVILEGIO

Impresas en Madrid en casa de Francisco Sanchez. Año de M. D. LXXVIII

«Obras de Música para tecla, arpa y vihuela», publicadas por el hijo
del insigne ciego, Hernando. En Madrid, año 1578.

(De la revista «San Jorge», de Barcelona, número 61, año 1966).

Antonio está preparado y dispuesto para los viajes. Su equipaje ha aumentado considerablemente, pero no pagará exceso de peso, porque lo espiritual es ingrávido. La cultura también lleva dos regalos a Europa. Sus «tientos» y sus «diferencias». Un solo paquete, sin lazos, sin la espectacularidad crujiente del papel celofán. En sus «tientos» está el sentido de los primeros «preludios», la premonición de una realidad futura. Con sus «diferencias» juega la variación en el adorno. La música se hace mayor de edad. Antonio lo sabe pero no le da demasiada importancia. No quiere que digan que es un padre cegado por el amor a sus hijos.

De Valladolid, todavía Corte, va a Bruselas, pero en esta jornada visitamos primero Génova, Milán, Mantua, baja Alemania, Amberes y Gante. ¿Qué va a pasar en cada una de estas ciudades? La historia es parecida. Por eso, para no cansar al público, se ha consumido en una sola jornada. Lo instrumental, su cifrado en tablatura de órgano, van dejando su huella. Su técnica y su arte. En Milán, nace una escuela basada en sus principios, en su modo de hacer. Otros más orgullosos, los nacionalizan.

Estamos de nuevo en España. Se publica la nueva edición de «El lazarillo de Tormes». Juan de Herrera no hace más castillos de arena. Corteja a las mozas.

El príncipe Felipe embarca en La Coruña con dirección a Southampton. El calendario, bien visible, nos sitúa en el tiempo: 13 de julio de 1554. Inglaterra conoce un año de sus vidas. Antonio de Cabezón, músico de Corte, creador de escuelas, mueve sus dedos ágiles para oídos tristes. Un compositor. Tallis, citado por orden de aparición en escena, aprecia lo que oye, lo valora. Se escuchan mutuamente. Tallis pone mediasuelas a sus zapatos de compositor, Le quedan como nuevos. Antonio, nuestro Antonio, también saca provecho de la visita. Se sacude el polvo del viaje, se reconforta con la humedad del canal de la Mancha y siente añoranza de su tierra. La toma de contacto, el cambio de impresiones ha estimulado sus oídos. Recuerda, además, a su hermano Juan, que quedó en la Corte; a Diego, que cuida, en Castrillo, de la hacienda, y a Alejo, su sobrino, que espera confiado un puesto en el curato de Burgos.

Vamos llegando a las últimas jornadas. Madrid, la Corte, y músicas. Músicas siempre para unos oídos insaciables. Lope de Vega mira en silencio —aún no se anda— el ir y venir de los que le rodean. Acumula experiencias y archiva sentimientos y decires. Presiente que los va a necesitar muy pronto.

Madrid es todo para Antonio. A su lado está su esposa, Luisa Núñez de Moscoso, y una cercanía más ilusoria de sus cuatro hijos. Agustín ya había muerto, dejando en el aire su canto atiplado de niño. Jerónima

ha de servir a la reina de Bohemia, y María, a la princesa Juana de Portugal. Los varones, son músicos. Gregorio es, además, clérigo. Hernando, heredero-albacea de su obra.

En la jornada postrera, el calendario asoma con fidelidad histórica. Estamos a 26 de marzo de 1566. La iglesia de San Francisco es el escenario de un dolor hondo. Sus restos reciben el respeto que brota para los grandes. Sus ojos ven, por fin, desde un lejano ser y estar lo que los oídos dominaron con su esfuerzo.

Pero la historia pone epílogo a lo que ha pisado firme. Antonio de Cabezón cuenta con dos. Uno, inmediato, ligado al tiempo; otro, permanente. En 1578, su hijo Hernando ordena y publica su libro «Obras de música para tecla, arpa y vihuela». Dirá antes de cerrarse las cortinas: «No creáis que esto es todo. Son, tan sólo, las migajas que caían de su mesa». En las páginas de la Historia de la Música se encuentran los comentarios para el segundo.

El telón se levanta varias veces y descubre una escena vacía, en sencillo homenaje. Se ha empezado a oír, procedentes de las cajas, su «Canto del Caballero», que acompaña a los espectadores hasta la salida. Todavía se oye cuando todos se han ido. Se oirá siempre. Antonio de Cabezón, ciego y músico a partes iguales, sigue con nosotros.

C. J. C.

Da «La Estafeta Literaria».